

# RECA- PITU- LACIÓN

---

NARRATIVA

9/5/2018

VELÁZQUEZ



Recordó ese paisaje lejanamente desolador, encantador, que le ofrecía su pueblo cualquier día de la semana. Sustrajo instantáneas mentales de las noches en las que las agujas acariciaban el número doce y los grillos comenzaban el concierto.

Por lo general, y de modo casual o accidental, elegía los miércoles para salir a pedalear, mientras tarareaba cualquier canción que le resulte familiar en el momento. Y de esa manera, el repertorio nunca se repetía. Era una buena estrategia, pues bien, sabida es la capacidad prodigiosa de las melodías pegadizas: son intrusas en el inconsciente y se ramifican en todos los formatos, virtuoso elogio de la Industria Cultural.

Las luces amarillentas bañaban los cordones que delimitan hasta dónde césped y desde dónde loseta.

La acera... un poco rota, aspecto ciertamente vanguardista para una época en donde el modernismo ha impregnado sus dotes igualadores a través de acciones tristemente homogeneizadoras. Arquitectos un poco vagos consuman el hecho madrugando a los que primero se ponen colorados y luego toman las decisiones.

Abril recordó, también, que las cuadras eran interminables porque no había mucho para ver, excepto los martes donde florecían como perejil las peñas de amigas de crochet, las juntadas de las diversas comisiones institucionales y los eventos deportivos de auge pasajero, pero consistentes. Y es que era un día planeado para todo eso. Imagínense un miércoles que es el día de descanso en el pueblo porque "corta" la semana. A la sazón, los martes pasaba el camión de los residuos, se emitía el programa emblema por el canal de cable local que ponía al corriente de lo que sucedía en el pavimento a las familias atribuladas de trabajo campesino -mate cocido o café con leche sobre el mantel a cuadritos-.

El traqueteo de juguete de la bicicleta con la cadena un poco oxidada era lo único que la despabilaba por el camino.

Afrontaba una pasividad que se le presentaba como un dejo de falsa eternidad. Sentimiento que duerme a los inseguros y refugia a los llorones. Una tranquilidad sospechosa y un silencio abrumador que de tanto perdurar se convertía en una nueva forma de interpretar el ruido escaso, sereno, disperso.

Cuando se percataba de la cadencia del promiscuo "tac", "tac", "tac", osaba detener la marcha flexionando la pierna derecha, tensa la rodilla, mientras que con la zurda simulaba elongar, cerquita del pavimento porque era de esas bicis antiguas fabricadas para personas que no crecían tanto, y así oír con detenimiento cada insecto volar, cada alma durmiendo y cada sueño intentando pasar desapercibido ante la inminente llegada del amanecer.

Recordó que las mejores poesías las escribieron allí mismo y en su mente, como con una pluma de mentira, pero con una potencia literaria que ni el mismísimo Lovencraft hubiera podido concebir. Ella, Abril, junto a su mejor amigo, Ezequiel. Un amigo que había muerto un par de días atrás y se empeñaba en ser olvidado por la muchedumbre y los informativos del *prime time*.

Con su partida, Ezequiel le endosó a Abril una serie de venganzas planificadas sin destinatarios confirmados, una lista de deseos sin concretar y una angustia galopante en el fondo de cada vaso de whisky que pedía en el mismo bar todas las noches sin falta y sin tener idea de cómo se tomaba. No era disfrute. Era la zozobra del adiós permanente.

Abril estudiaba Medicina para poder irse con Médicos sin Fronteras a trabajar “por ahí”, como decía siempre en su núcleo familiar, militando a conciencia por la cura de enfermedades. Le importaba reparar las heridas que no se solucionan con ibuprofeno.

La idealización le había pintado la cara: se puso de acuerdo con la parca para esfumar el único esbozo de esperanza que le daba sentido a su misión.

Ezequiel, confidente empedernido, amigo sin doble sentido, de abrazo largo sin perversión, entendía a la perfección lo que era el compañerismo. La confusión plañidera estaba fuera de discusión.

Se fue siendo artista. Le había dedicado diseños a Abril, hechos póster, para que pegue en las paredes de su habitación. Y había dibujado en el cemento fresco de la biblioteca popular de su pueblo los nombres de cada uno de los del grupito de amigos – lo había hecho con el dedo meñique, porque Ezequiel era fuertemente supersticioso y decía que el dedo índice sólo servía para señalar defectos y si así hubiera escrito, ese piso interpelaría a cualquier transeúnte; por otra parte, quedaba feo escribir con el dedo “*fuck you*” porque significa “*hacete coger*”, básicamente; y el dedo gordo y el que está entre el meñique y el “*fuck you*” le resultaban actores de reparto, ya que le desconocía utilidades y nombres específicos – y así quedaron inmortalizados.

Y para Abril, que moja el estaño de lunes a domingo en perpetuo *racconto*, la inmortalidad resultó ser eso, un cacho de vereda; un suspiro en el camino, indiferencia en la mirada ajena, gatos negros y espejos rotos.